VOCES EN LA NIEBLA

UN LUSTRO DE JOVEN AUDIOVISUAL CUBANO (2010-2015)

ANTONIO ENRIQUE GONZÁLEZ ROJAS

EDICIONES CLAUSTROFOBIAS

MEMORIAS DEL DESARROLLO: LA INSOPORTABLE ALIENACIÓN DEL SER

Nuevamente el nihilista Sergio recorre, desgarbado, infinitos laberintos de calles, personas y acontecimientos, cuyos influjos resbalan como lluvia amarga sobre el cuerpo, empeñado sin éxito en hurtarse al venenoso contacto de las parcialidades humanas, de todo lo que menoscabe su insatisfecha necesidad de plenitud filosófica. Las andanzas de este paradigmático antihéroe, descendiente por línea directa de Kafka y Camus,

recogidas inicialmente en la icónica cinta cubana **Memorias del Subdesarrollo** (Tomás Gutiérrez Alea, 1968, basada a su vez en la novela homónima de Edmundo Desnoes), se replican en la suerte de antípoda que resulta **Memories of Overdevelopment** (*Memorias del Desarrollo*, Miguel Coyula, 2010, basada en nuevo texto del mismo autor). Se resiste esta nueva obra a encajar en la inflexibilidad taxonómica de la secuela; algo que hubiera sido por demás altamente riesgoso para el joven realizador, condenado quizás a estructurar una propuesta tan extemporánea como la solidez de anclajes demasiado rígidos a los signos epocales y estéticos de la antecesora.

La nueva obra corresponde más bien al segundo panel de un díptico literario – fílmico, cimentadas ambas propuestas sobre intimista discurso acerca de la sempiterna hambruna espiritual y el perturbador descreimiento en que muchas veces se hipertrofia la lucidez intelectual de quien se reconoce extranjero en su nación originaria, extranjero dentro de su especie y finalmente forastero de sí mismo; por más que huya del sitio ideológico declarado a su intelecto por núcleos de poder prevalecientes, al estilo del repliegue bucólico de Tomás y Teresa, en **La insoportable levedad del ser**, de Kundera, para finalmente morir prosaica y olvidablemente.

El nuevo Sergio, periodista en Cuba, profesor del Departamento de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Nueva York, una vez emigrado, explica a sus alumnos que "la razón por la que me fui de Cuba fue porque me estaban diciendo qué hacer, qué escribir, cuándo hacerlo (…). Y aquí estoy. Tengo libertad total para escribir lo que quiera en este país, pero a nadie le importa". La alienación no se produce entonces sólo por la inducción forzosa del proceder personal y profesio-

nal a remontar estrecha senda, sino también por la anuladora coexistencia de discursos diversos, cuya desmedida sedimentación en las percepciones de los públicos a cada minuto, amenaza coartar toda posibilidad de internarse a plenitud en uno de tantos atajos gnoseológicos.

A diferencia del existencialismo intimista de hálito neorrealista italiano que marcó indeleblemente la obra de Titón en estas décadas (re)fundacionales del cine cubano, sobre todo la propia **Memorias...** (no más apreciar el fenecimiento anticlimático del filme, en el más puro maridaje con Antonioni); Coyula asume en **Memories...** un intimismo multirreferencial, verdadera eclosión semiótica donde se amontonan múltiples oleadas sígnicas y estéticas, de indistinto tenor estadounidense, cubano y de otras zonas creativas. El extrañamiento (in)voluntario, el horror tan constante que muda en hastío, es una y otra vez remarcado con respectivas alusiones a **La Metamorfosis**, de Kafka, y al lienzo **El Grito**, de Munch, este último ícono expresionista quizás demasiado trillado en tantas y tantas ocasiones, hasta la peligrosa merma de sus significados.

Otros breves abordajes pictóricos delatan guiños cómplices al peculiar cine de Richard Linklater (**Waking Life** y **A scanner darkly**), y los collages fotográficos estáticos y (semi) animados apelan indistintamente a Julie Taymor (sobre todo, sus filmes **Frida** y **Across the Universe**), y con más fuerza al artista cubano Frémez; tanto a sus primeras composiciones gráficas (de las series **Canción americana**, **Héroes** *y* **Tánatos**, y **Mariel**), como las postreras incursiones en el fotomontaje digital de mayor sino *pop* (**Miss Liberty, Desnudo con cartera, Tropical Calavera** y otras). Obras todas donde la iconoclastia resemantizadora y desacralizadora, es conseguida

fundamentalmente con la mezcla, contrastante hasta el antagonismo más fiero, de elementos aparentemente desligados en el común transcurrir. Develan estos *collages* oscuras significaciones, concordancias, conflictos y demonios.

Con una compulsión casi demente, Sergio saja y anexa iconografías legitimadas/anatemizadas por el excluyente arbitrio humano, perenne ejecutoria esta casi siempre en detrimento de su prójimo, odiado por insinuar bifurcaciones inesperadas a lo largo de planificados derroteros personales o comunales. Enjuiciado es cínicamente todo matiz de rigidez paradigmática entrevisto en ambas orillas. Desgastados están todos los símbolos tras innúmeras manipulaciones, tergiversaciones, simplificaciones y definitivas anulaciones. Asqueado de tanto tira y encoge, Sergio mixtura todo este aquelarre de vanidades en el endemoniado caldero al rojo vivo de su mente, destilando inquietantes híbridos semióticos, signados por la mayor provocación.

Náufrago en océanos de indiferencia, Sergio dialoga, ya en frío, con idealismos otrora ardientes, que arrastraron al paroxismo hordas enteras, intoxicadas con seductora oratoria, una y otra vez profeta del Edén definitivo, pulverizado en la mera alucinación (… de la rosa sólo queda el nombre). "Ese fue tu error; bueno, el mío también: creer en el poder de la literatura, de la palabra (…). Aquí la literatura es puro entretenimiento, y las ideas, las ideas son sólo un instrumento. La palabra lo explica y lo justifica todo, pero la cosa es que me jodiste. Pudieras haberme dado la ilusión de libertad"; recrimina Sergio al interlocutor imaginario, encarnado en un bastón de cabo áureo, hallado en la playa con manchas de sangre, sutil alusión a la podrida testa porcina con que Golding pone a charlar al niño Simón en **El Señor de las Moscas**.

Sin llegar a la esquizoide bizarría concebida por del guionista Charlie Kaufman para la multipremiada **Adaptation** (Spike Jonze, 2002), **Memories...** rejuega igualmente con la metatextualidad. Sergio registra su propio devenir en volumen autobiográfico que vanamente intentará colocar en un mercado editorial ávido de exóticas chismografías políticas, donde se halla soso el dilema personal. "No hay nada peor que venderse cuando nadie te quiere comprar", se lamenta en off el Sergio interpretado por Ron Blair, cuya aterciopelada atonalidad guarda estrecho maridaje con su predecesor, encarnado por Sergio Corrieri.

No obstante, esta sobresaturación referencial, requerida de visionados varios para desentrañar a cabalidad la maraña semiótica entretejida por Coyula, este no se deja deslumbrar por la filigrana visual, y a su vez teje la historia concienzudamente. Desarrolla, radicaliza y desmorona al personaje, que por momentos deviene mero pretexto de la más ruda y desafiante deconstrucción de mitos. Favorecido es este ejercicio por las evidentes distancias generacionales y espaciales a que emplaza Coyula sus baterías intelectuales. Rompe con el distanciamiento cínico del Sergio de Titón, involucrándose visceralmente desde la acometedora fuerza de las imágenes, movido por los hálitos utópicos que aún soplan desde la mágica década de 1960, buscando quizás saldar cuentas con la utopía prometida e incumplida.

A pesar de que versa sobre los avatares de un descreído, de un ateo ideológico como Sergio, sin fuerzas suficientes ni para descreer, el Quijote aún cabalga en **Memories...**, a pesar del cínico relucir de sus espuelas. Se habla de un lugar del Caribe cuyo nombre hay que recordar, donde la vitalidad del autor

le impide propugnar la derrota, zahiriendo hasta el tuétano con redivivos bríos, hasta consumarse la ninguna identificación entre autor y personaje, conmiserativo uno respecto al otro. No por gusto el propio Coyula interpreta a un indigente newyorkino que vomita a los pies de Sergio, al sentarse en su mismo banco.

Entrevisto el fin sellado del callejón, donde toda fórmula mesiánica se estrella contra la siempre imperfectible humanidad, conscientes muy pocos de su alienación forzosa en un mundo de lealtades extremas, excluido toda posibilidad de ser fiel a uno mismo; Coyula enarbola una vez más el derecho a ser y decir desde la autenticidad, con un pie bien afirmado sobre la tumba de Sergio Garcet, que en *impasse* descanse.